
Síntesis de la prehistoria alfarera tardía del valle de Copiapó: desde las sociedades agrícolas locales (cultura Copiapó) a la presencia del Tawantinsuyu (1000 d. C. aprox. - 1536 d. C.).

Carlos González Godoy*

RESUMEN: En este artículo se sintetizan y discuten los antecedentes arqueológicos generales del desarrollo tardío del valle de Copiapó, concretamente desde la conformación de las comunidades Copiapó hasta la irrupción del inca. En este sentido, se pondrá énfasis tanto en las caracterizaciones culturales de las sociedades locales previas al influjo del Tawantinsuyu como en aquellas manifestaciones más conspicuas luego de las interrelaciones de las poblaciones de este valle con el Estado inca.

PALABRAS CLAVE: desarrollo cultural tardío - cultura Copiapó - Tawantinsuyu

ABSTRACT: This article synthesizes and discusses the general archaeological background on the late development of the Copiapó valley, specifically from the conformation of the Copiapó communities to the arrival of the incas. In this sense, emphasis will be placed on the cultural characterizations of local societies, prior to the influx of Tawantinsuyu, as well as in the most conspicuous manifestations after the interrelations of the populations of this valley with the inca State.

KEYWORDS: late cultural development - Copiapó culture – Tawantinsuyu

* Candidato a doctor (Universidad Católica del Norte-Universidad de Tarapacá), magíster (UCN-UTA) y licenciado (Universidad de Chile) en Antropología con mención en Arqueología. Especialista en la temática del inca en Chile, particularmente en su vialidad. Investiga también las ocupaciones prehispánicas del desierto meridional atacameño y el patrimonio cultural de la comuna de Diego de Almagro. Autor de libros y numerosos artículos publicados en Chile y el extranjero. Investigador del Instituto de Investigación en Ciencias Sociales y Educación, Universidad de Atacama. Investigador asociado, Museo Regional de Atacama.

Cómo citar este artículo (APA)

González, C. (2018). *Síntesis de la prehistoria alfarera tardía del valle de Copiapó: desde las sociedades agrícolas locales (cultura Copiapó) a la presencia del Tawantinsuyu (1000 d. C. aprox. - 1536 d. C.)*. Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

Introducción

Uno de los temas más interesantes al abordar el desarrollo cultural prehistórico en Chile —y en cualquier otro territorio— es el entendimiento sobre los aspectos que han incidido en la definición de los cambios culturales; vale decir, cómo se manifiestan los procesos de diferenciación de una sociedad a otra en sentido diacrónico, ya que lo definido en arqueología como variabilidad cultural va de la mano con distinciones apreciables en la cultura material. *Grosso modo*, se entiende esta última como el conjunto de expresiones tangibles y particulares de un grupo humano en un período y espacio determinados —expresiones que conducen a definiciones no necesariamente temporales, sino sociales, por ejemplo—. De esta forma es factible segregar un corpus informativo que, junto a referentes cronológicos absolutos (fechados por carbono 14 y por termoluminiscencia [TL], entre otros), caracteriza a las sociedades prehispánicas dentro del desarrollo histórico de un espacio geográfico; ello —claro está—, sobre la base de que la división entre prehistoria e historia corresponde a una división analítica, dado que toda expresión humana en una escala temporal es propia de la historia y de la vinculación recíproca entre cultura y espacio geográfico, que configura paisajes culturales.

Complementariamente, se entiende el paisaje cultural como un «producto socio-cultural creado por la objetivación, sobre el medio y en términos espaciales, de la acción social tanto de carácter material como imaginario» (Criado, 1999, p. 5). Asimismo, se concibe como un proceso cultural compuesto por lugares, espacio y dentro y fuera, y por imágenes y representaciones que dependen de un particular contexto histórico y cultural (Hirsch, 1995, pp. 22-23). Aquí se une el concepto de «espacio vívido» o experiencial a los de espacio geográfico y cotidianidad. Dichas nociones especifican la de «territorio» (Di Méo, 1998), que, entendido como la representación del espacio, adquiere distintas definiciones a lo largo del tiempo y conforme al accionar continuo de las personas (Llanos-Hernández, 2010, p. 219). Así, se considera que el valle de Copiapó representó para las poblaciones del pasado un territorio con diferentes significaciones, y que se trató de un espacio apropiado, ocupado y dominado por un grupo social (o varios) que reprodujo (reprodujeron) y satisfizo (satisficieron) sus necesidades esenciales de orden material y simbólico (Giménez y Héau Lambert, 2007, p. 11). A su vez, este territorio se comprende desde una dimensión «geohistórica» (Braudel, 2002) que se define «en la operación de reconstruir e interpretar los hechos sociales históricos, contextualizados en un entorno y en un territorio gracias a la aplicación intensiva de operaciones cognitivas espaciales» (Mattozzi, 2014, pp. 93-94).

A partir de dicha base teórica, este artículo se aproximará a la prehistoria tardía del valle de Copiapó desde aproximadamente 1000 d. C. hasta 1536 d. C., cuando se desarrolló la denominada «cultura Copiapó» (Castillo, 1998) y llegaron los incas¹. Por consiguiente, se exponen y discuten aquí las características culturales generales de este interesante período de la prehistoria del valle de Copiapó. Se alude también a las manifestaciones culturales regionales que contribuyen a la problemática, no sin antes revisar los desarrollos culturales alfareros previos. La investigación se apoya asimismo en el trabajo con las colecciones del Museo Regional de Atacama, algunas de cuyas piezas son individualizadas en las imágenes que acompañan el texto.

El vergel que anuncia el término del desierto

El río Copiapó se forma a los 1230 m s. n. m. con el aporte de sus tributarios Jorquera, Pulido y Manflas (Niemeyer, 1998a, p. 27). El que toma su nombre es el segundo de los valles transversales de Chile, el cual, luego del río Salado en la provincia de Chañaral, pone fin al ecosistema del Desierto Interior —que comprende elevaciones de entre 1500 y 2500 m s. n. m.— y también a la Puna Salada².

Tradicionalmente se ha incorporado este territorio a los desarrollos culturales prehispánicos de los «Andes Meridionales» (Ampuero, 2016), que comprenden «el noroeste argentino y los valles transversales de Chile y los vecinos territorios de Chile central, la región Cuyana y las sierras centrales argentinas» (Lumbreras, 1981, p. 95). Aunque descriptiva, esta clasificación parece aquí arbitraria y no responde necesariamente a las dinámicas culturales prehispánicas del valle de Copiapó, debido a que restringe las vinculaciones solo a los espacios aledaños y sureños, obviando las interacciones culturales con poblaciones nortinas del ámbito circumpuneño³. Definitivamente, y como se verá en la siguiente sección, Copiapó y el norte de la Región de Atacama no estuvieron exentos de estas interrelaciones, como tampoco de definiciones locales, de otras propias del norte semiárido y de interacciones hacia el sur y hacia los espacios trasandinos.

¹ La expresión se refiere al inicio de los procesos de interrelación entre dicho Estado o Tawantinsuyu y las poblaciones Copiapó en este territorio.

² Con alturas sobre los 4000 m s. n. m., esta se extiende aproximadamente hasta la laguna del Negro Francisco, al sur de los 27° de latitud sur, donde termina el espacio geográfico conocido como «Norte de Chile» (Chong, 2012, p. 28).

³ Los Andes circumpuneños están formados por las tierras altas de Catamarca, Salta y Jujuy en el noroeste argentino; la Región de Antofagasta y el extremo septentrional de la Región de Atacama en Chile, y los departamentos de Potosí y Tarija en Bolivia (González *et al.*, 2014; Nielsen, 2008).

Antecedentes generales de la prehistoria alfarera del valle

El desarrollo alfarero prehistórico de la Región de Atacama se ha reconstruido a partir de importantes contribuciones, como las de Matus (1921), Cornely (1956), Niemeyer (1955, 1982) e Iribarren (1955-56, 1958, 1969), hasta la monografía de Niemeyer, Cervellino y Castillo (1998), entre otras. Pese a estas relevantes investigaciones, se observa una periodización de carácter histórico-cultural que comprende el desarrollo alfarero prehistórico de la región en forma evolutiva y unilineal, siguiendo la secuencia cronológico-cultural maestra definida para el valle de Copiapó; vale decir, que marca los cambios sociales y temporales como un desarrollo sociocultural ascendente, sin considerar variables, discontinuidades u otras formaciones culturales de diferentes espacios. Aunque una periodización cultural prehistórica es una herramienta de trabajo no inmutable, para Copiapó y la región se ha asumido sin discusión, restando complejidad a los procesos sociales del pasado que habrían implicado quiebres, interrelaciones, contemporaneidades y otros aspectos culturales recién conocidos—sin descartar transiciones culturales progresivas—. En cuanto instrumento para comprender un desarrollo prehistórico, además, la periodización requiere ser contrastada con distintas secuencias culturales locales de la región, en gran número desconocidas hoy en día.

Así, se ha establecido El Molle como la entidad cultural del período Alfarero Temprano (300 a. C.-700 d. C., aproximadamente), ocupando varios espacios de los previos cazadores-recolectores arcaicos. La denominación se debe al criterio de sitio-tipo en relación a las primeras evidencias arqueológicas individualizadas en 1938 por Cornely (1956, p. 177) cerca del pueblo de El Molle en Elqui. Estas comunidades han sido definidas como agrícolas, identificándose en Copiapó el cultivo de maíz amarillo y morado, de porotos morados y overos, de cucurbitáceas y de quinua; sus canales de regadío; las hojas líticas de sus herramientas agrícolas; y manos y piedras para moler (Niemeyer, 1998b) cultivos y frutos recolectados. A ello se suma la caza de mamíferos menores, avifauna y camélidos—por falta de análisis zooarqueológicos, no se sabe si estos últimos eran o no domesticados—. El registro de llama (*Lama glama*) en el sitio Molle de La Ternera, al noreste de Copiapó (sector La Coipa, Labarca, 2008, citado en Troncoso *et al.*, 2016, p. 323), indica que dichos animales no fueron extraños a esta cultura.

Ocupando los interfluvios y en menor grado la costa, las poblaciones Molle habitaron valles y quebradas de Atacama y Coquimbo (en adelante, entiéndase actuales regiones), con importantes registros de su presencia en

los valles de Copiapó y Huasco. Implementaron asimismo las primeras aldeas arqueológicamente constatadas en el valle copiapino, entre otras, Carrizalillo Chico 1, donde se reconocen viviendas pircadas, campos de cultivos, canales de regadío y testimonios de actividades habitacionales, ceremoniales y funerarias. En el valle de Huasco, en cambio, los sitios con túmulos son solo de carácter funerario (Niemeyer, 1982). Con respecto a la alfarería Molle, en el valle de Copiapó se han encontrado tipos cerámicos locales ápodos



Figura 1. Ceramio botelliforme Molle. Quebrada Seca, túmulo único. Museo Regional de Atacama, Colección Arqueológica, n° inv. 01.60. Fotografía de Carlos González.

apuntados de cuerpo globular, piezas botelliformes (fig. 1), pucos, cuencos hemisféricos grandes y cerámica con impronta de cestería, entre otros (Niemeyer, 1998b). Predominan las tonalidades monocromas (negra, café, gris y rojo) con motivos en su mayoría incisos y grabados, y en mínimo grado, pintados (Niemeyer *et al.*, 1991, p. 7). Además, en contextos funerarios de Atacama y Coquimbo se registra el uso del tembetá (adorno labial) elaborado en piedra, al parecer asociado solo a hombres adultos (fig. 2). En los cementerios copiapinos también se han encontrado algunas pipas de piedra en forma de «T» invertida, tal vez empleadas para fumar sustancias psicoactivas (Niemeyer, 1998b, pp. 67-68).

En Atacama los túmulos y una combinación de ellos y estructuras pircadas son la modalidad de sepultura característica, con enterratorios mayoritariamente colectivos. Tanto en dicha región como en Coquimbo, los ajuares y ofrendas son minoritarios, preservándose generalmente cerámica y artefactos líticos, de hueso, metal (oro, plata y cobre; solo este último se ha encontrado en Atacama) y concha, entre otros –textiles no se conservan–. Por lo que se sabe hasta el momento, los artesanos Molle fueron los primeros en elaborar adornos e instrumentos metálicos (laminado, repujado y trefilado; Castillo, 1986, p. 178) en el norte semiárido (Niemeyer, 1998b). En cuanto al arte rupestre, se han identifica-

do los estilos La Silla y Limarí (grabados): al primero se adscriben sitios del sur de Atacama (Niemeyer, 1998b; Niemeyer y Ballereau, 1998), en tanto que la asignación del estilo La Silla al Período Alfarero Temprano se discute actualmente (Troncoso, 2012, p. 93).



Figura 2. Tembetás de la cultura El Molle, de izq. a der: tembetá de botón, sin procedencia (n° inv. 01.124); tembetá blanco, Carrizalillo Chico, estructura 10 (n° inv. 01.52); tembetá de botella, Quebrada de Pinte, túmulo 2 (n° inv. 01.50); tembetá blanco cuadrado, Carrizalillo Chico, estructura 10 (n° inv. 01.51). Museo Regional de Atacama, Colección Arqueológica. Fotografía de Carlos González.

Las Ánimas: desarrollo particular y heterogéneo

Hacia el 700 d. C. decreció la gravitación cultural Molle en el valle de Copiapó y en la Región. Al parecer, estas comunidades consolidaron otras dinámicas culturales a partir de los crecientes contactos con poblaciones del Norte Grande y trasandinas (Cervellino, 1994; Niemeyer, 1998b). En consecuencia, durante el Período Medio se aprecia un desarrollo cultural particular y heterogéneo en Atacama y Coquimbo (y dentro de la misma Atacama): la cultura⁴ Las Ánimas (700-1000 d. C., aproximadamente). Esta debe su nombre al criterio de sitio-tipo asignado por Ampuero, quien la definió inicialmente como un «complejo cultural» (1972-1973, p. 335)⁵, luego de los aportes de

⁴ Se concuerda aquí con esta actual denominación, siguiendo a González, P. (2017).

⁵ El hallazgo en 1934 de un cementerio ubicado por Cornely en la Quebrada de Las Ánimas en Elqui definió una etapa «Arcaica» de la cultura diaguita (1956, pp. 21, 79-86). Hoy, sin embargo, estos y otros alcances se encuentran en tela de juicio, pues los nuevos trabajos en El Olivar plantean

Montané (1969)⁶. Al decir de Castillo (1989, p. 265), sus diferencias con El Molle indican «un cambio brusco», el que se manifiesta fundamentalmente en su cerámica con decoración policroma y en el abandono del tembetá y de la pipa «T» invertida (Niemeyer, 1998c), por lo cual algunos autores han postulado que provenía del noroeste argentino (cultura Aguada Tardía) (Castillo *et al.*, 1996-1997). Al contrario, otros investigadores han planteado la existencia de redes de interacción intensas en el Período Medio entre el valle de Copiapó, de Vinchina y de Abaucán (La Rioja), con equivalencias en los atributos tecnológicos y decorativos de las cerámicas Ánimas y Aguada. Estas interacciones continuaron, pero decayeron con la posterior cultura Copiapó⁷, según Callegari (1997, p. 135). También se ha planteado una imbricación entre Molle y Ánimas (Niemeyer, 1998c), tema aún no dilucidado.

Las comunidades Ánimas eran agrícolas y en Copiapó cultivaban maíz, porotos y cucurbitáceas⁸, utilizando hojas líticas similares a las de El Molle para la labranza (Niemeyer, 1998c) –y también instrumentos de molienda–. Con más acceso a los recursos marinos que El Molle, desarrollaron la caza y la recolección en la costa y el interior, y es incluso probable que utilizaran en Coquimbo balsas de cueros de lobos marinos inflados (Niemeyer, 1998c). En el valle de Copiapó implementaron poblados con estructuras pircadas en terrazas fluviales, piedemontes y altas formaciones rocosas. En la Región de Atacama sus evidencias se registran, por ejemplo, en el cementerio Chancoquín Chico en el valle de Huasco (Kuzmanic, 1988), en el valle de Copiapó (Niemeyer, 1998c) y en el oasis de Finca de Chañaral (Cervellino y Sills, 2001; González *et al.*, 2017). Asimismo, se reportan testimonios de su presencia en el paso limítrofe del Rincón de La Flecha y en la costa entre las desembocaduras de los ríos Copiapó y Huasco (Niemeyer, 1998c), con diferencias que responden al desigual trabajo investigativo en la Región. Por su parte, la funebria Ánimas contempla túmulos –una tradición adoptada de El Molle– y fosas en Atacama, destacándose las ofrendas de camélidos en La Puerta A (Niemeyer, 1998c), en El Olivar en La Serena (González, P., 2017) y

una vinculación intrínseca entre Ánimas y diaguitas, que obliga incluso a reconsiderar si es posible seguir sosteniendo sus diferenciaciones culturales (González, P., 2017), al menos en Coquimbo.

⁶ A los cuatro tipos cerámicos de Montané (1969) se integró posteriormente el tipo Ánimas BPZ, precisado por Guajardo (2008).

⁷ Este «decaimiento» no implicó un declive de la interacción, que pudo expresarse en otros ámbitos culturales.

⁸ En la mina Las Turquesas de El Salvador, en un depósito adscrito a Ánimas y fechado por carbono 14 en 680-980 d. C., se registró quinua, cucurbitáceas y chañar, entre otros (González y Westfall, 2005, p. 60).

en la Plaza de Armas del puerto de Coquimbo (Castillo *et al.*, 1985) –sitio este último que cuenta solo con guanacos (*Lama guanicoe*) (Troncoso *et al.*, 2016)–.

Las particularidades Ánimas en Copiapó comprenden distintos tipos de pucos: abiertos, de perfil más o menos troncocónico inflectado, bases circulares pequeñas y ligeramente cóncavas, fondo troncocónico y paredes rectas o curvas, decoradas estas últimas con motivos lineales ondulantes y geométricos (monocromas, bicromas y policromas) (fig. 3) y pulido inciso (Niemeyer, 1998c). Con o sin decoración, se agregan cuencos, urnas, vasos, ollas y jarros simétricos o asimétricos, entre otros; artefactos de concha y hueso, y espátulas de este último material, tal vez empleadas para el uso de sustancias psicoactivas; torteras y variados instrumentos líticos, sobresaliendo las puntas de proyectiles triangulares y pedunculadas. En Diego de Almagro y el valle



Figura 3. Ceramio Ánimas, procedente de La Puerta A, túmulo 20. Museo Regional de Atacama, Colección Arqueológica, n° inv. 01.39. Fotografía de Carlos González.

de Huasco se han reconocido los tipos cerámicos Ánimas I y II (González *et al.*, 2017, p. 238; Kuzmanic, 1988), concordando con su predominancia en Copiapó y cercanías (Garrido, 2016; Troncoso y Pavlovic, 2013, pp. 112-113). En cuanto a deformaciones craneanas, se identifican la anular y, en menor medida, la tabular erecta en La Puerta A (Niemeyer, 1998c).

Las actividades mineras lapidarias de las comunidades Ánimas se focalizaron en la elaboración de cuentas de collar y de figurillas zoomorfas (González *et al.*, 2017). También desarrollaron quehaceres minero-metalúrgicos (cobre y plata), con mayor nivel tecnológico que El Molle (Niemeyer, 1998c, p. 140). Del mismo modo, y si bien no se cuenta con un estudio sistemático, hay en Atacama numerosas muestras de arte rupestre de probable filiación Ánimas –fundamentalmente, pinturas rojas de camélidos y figuras antropomorfas y geométricas que se observan, por ejemplo, en Finca de Chañaral, en Quebrada Las Pinturas (Iribarren, 1976), en la Puerta A (Niemeyer, 1998c) y acaso en Inca de Oro (González y Castells, 2018)–. En otro plano, estas comunidades consolidaron interacciones culturales con poblaciones trasandinas a través de amplias redes caravaneras con posible manejo de llamas. Aunque se carece de estudios zooarqueológicos de sitios

Ánimas de Copiapó, los componentes de dicha cultura se corresponden en la Mina Las Turquesas con la exclusiva presencia de llamas (Velásquez, 2004), necesarias tanto en lo relativo a la alimentación, textilería y otras actividades, como al transporte de bienes y productos indispensables para habitar y explotar este sitio del desierto, y al retorno hacia los núcleos habitacionales del valle copiapino (González *et al.*, 2017)⁹.

La transición de Ánimas a las comunidades Copiapó al inicio del período Intermedio Tardío no está claramente fundamentada. Es verosímil sugerir que hacia el 900 d. C. se gestaron localmente procesos de individualización sociocultural y política de comunidades agrícolas, seguramente de tronco cultural Ánimas, que configuraron un desarrollo particular del cual habría dado cuenta la cultura Copiapó en el Intermedio Tardío (Castillo, 1998) –por falta de investigaciones, no se conoce este proceso en el valle de Huasco–. Los incas, que llegaron con los diaguitas sureños, se encontraron con esta cultura en el período Tardío del valle de Copiapó –tema que, por lo acotado del espacio, se resumirá más adelante–. Es este el panorama cultural previo a los copiapoes que se conoce y emplea hoy para entender el desarrollo prehispánico alfarero del citado valle y de toda la Región de Atacama, y que no considera otras dinámicas culturales. Prueba de ello es el referido sitio Mina Las Turquesas, con ocupaciones de artesanos y mineros caravaneros atacameños procedentes de la cuenca del río Loa y/o de San Pedro de Atacama que explotaban desde alrededor del 500 a. C. un foco minero lapidario de turquesas –los componentes Copiapó están allí ausentes, pero se determinó una importante ocupación Ánimas (González *et al.*, 2017)–. Las agrupaciones atacameñas controlaron esta mina y consolidaron redes caravaneras en el desierto meridional de Atacama con mayor énfasis desde el 900 d. C. en adelante.

La cultura Copiapó

Hasta fines de la década del 1990 se pensaba que los diaguitas habían habitado uniformemente Atacama y Coquimbo antes de los incas (Ampuero, 1989; Cornely, 1956, p. 46), homogenizándose las manifestaciones culturales de ambas regiones durante este período. En efecto, Cornely (1956, p. 20) plantea que: «Los diaguitas-chilenos poblaron los valles fértiles de Copiapó, Huasco, Elqui, Limarí y Choapa como también el litoral y todos los pequeños valles

⁹ Si bien es una alternativa, pudieron acceder a este recurso a través de intercambios.

desde el mar hasta la cordillera». En cambio, una pionera opinión esbozada por Segovia sobre un cementerio del puerto de Huasco indica lo siguiente:

Encontramos en estos hallazgos arqueológicos elementos perfectamente asociados y que al mismo tiempo eventualmente podrían ser considerados independientes respecto a las formas regionales habituales que se designan con las denominaciones Diaguitas y Molle [...]. Resulta novedoso y bastante subjetivo encontrar a estos elementos conformando a un conjunto, que merece ser estudiado con especial interés y eventualmente considerado como una fase cultural aislada. (Segovia 1959, p. 54)

El autor refiere un puco Negro sobre Rojo con decoración de «llamitas», instrumentos de hueso y una espátula del mismo material con motivo tallado, un jarro asimétrico, otras piezas cerámicas, una pinza depilatoria de cobre e implementos para la explotación costera, vislumbrando expresiones culturales distintas a las de los diaguitas y los Molle, pese a que, previamente, Iribarren (1958) había asociado la cerámica Copiapó Negro sobre Rojo al accionar inca.

Sobre esta clase de cerámica Iribarren y Bergholz señalaban:

El tipo de alfarería es suficientemente conocida para especificarla. Su distribución, aunque con nombres locales diversos, se conoce desde la altiplanicie boliviana (Stig Ryden) a los valles de Arica (Carlos Munizaga A.), los cementerios de Taltal (Augusto Capdeville), valles de Copiapó y Huasco (J. Iribarren) hasta el área de Santiago. Este tipo alfarero aparece asociado al Complejo Inca. (Iribarren y Bergholz, 1972-1973, p. 253)

Los mismos autores asimilaban dicha alfarería al tipo Saxamar (escudillas bajas rojas pulidas, decoradas con llamitas negras muy estilizadas) del extremo norte de Chile y el altiplano, diametralmente opuesto a la cerámica Copiapó¹⁰.

En 1994, Castillo precisó que

la manufactura de la cerámica que ha sido caracterizada como el tipo Copiapó Negro sobre Rojo tiene que ver con una situación por años más o menos indefinida en lo que respecta a su origen. En los últimos 10 años el panorama ha cambiado y de a poco se viene decantando el problema con esa nueva perspectiva. Se puede asegurar que es una cerámica típica del valle de Copiapó, creada por un grupo étnico que está ramificado hacia la cordillera, costa y valle de Huasco, cronológicamente a la par del desarrollo Diaguita del valle de Elqui, con ciertas similitudes con aquella población, pero que en su generalidad es independiente en el espacio que domina, uniéndose con los Diaguitas

¹⁰ Se ubicó cerámica Saxamar en el Qhapaq Ñan de El Salvador (González *et al.*, 2010, p. 74) y Diego de Almagro.

por la fuerza de los hechos desatados por la conquista incaica que traslada contingente hacia Copiapó para reforzar el control de aquel valle. (Castillo, pp. 109-110)



Figura 4. Puco tipo Copiapó Negro sobre Rojo, procedente de Iglesia Colorada. Museo Regional de Atacama, Colección Arqueológica, n° inv. 01.20. Fotografía de Darío Tapia.



Figura 5. Puco tipo Copiapó Negro sobre Rojo, procedente de Iglesia Colorada. Museo Regional de Atacama, Colección Arqueológica, n° inv. 01.21. Fotografía de Darío Tapia.



Figura 6. Puco Copiapó Negro sobre Rojo encontrado en Iglesia Colorada. Museo Regional de Atacama, Colección Arqueológica, n° inv. 01.18. Fotografía de Darío Tapia.

De este modo, se ha definido la cultura Copiapó –denominada así por Castillo (1998, p. 164)– como la entidad distintiva durante el período Intermedio Tardío (1000-1400 d. C., aprox.) del valle epónimo (Castillo, 1998; Cervellino y Gaete, 2000; Garrido, 2007; Gaete y Cervellino, 2000), contemporánea con los diaguitas, por el sur, y con los atacameños, por el norte. Su cerámica está caracterizada por pucos rojos engobados y pulidos (y ante en ocasiones) con decoración lineal negra y motivos de camélidos estilizados, volutas verticales, líneas onduladas y comas (figs. 4 y 5). En menor medida, se distinguen rostros antropomorfos con franjas verticales y figuras en forma de «U» rectangulares ajedrezadas (Cabello *et al.*, 2010; Garrido, 2007), con grecas entrelazadas horizontales y una en forma de «Z» en las ramas verticales del rectángulo (Castillo, 1998) –decoraciones ausentes en los pucos con camélidos–. No es evidente que estos motivos sean tardíos, pero hay sugerentes diferencias, pues se observan sobre todo en pucos hemiesféricos (fig. 6). Estos últimos son diferentes a los de forma geométrica elipsoidal vertical

que se remontan al período Medio, de manera similar a como ocurre entre la cerámica Ánimas y Copiapó con la continuidad decorativa y los patrones de simetría (Garrido, 2007). Junto al Copiapó Negro sobre Rojo se encuentra el tipo cerámico Punta Brava, representado por grandes vasijas con o sin cuello empleadas como contenedores (Cabello *et al.*, 2010; Castillo, 1998; Garrido, 2014; González *et al.*, 2017; Iribarren, 1958) y decoradas lineal y geométricamente con grecas –también se cuentan ceramios asimétricos y ollas–.

No solo se reconoce la cerámica diagnóstica Copiapó, sino también otros componentes culturales, aunque todavía es incipiente su caracterización arqueológica. Se aprecia asimismo una concentración de poblados tanto en terrazas artificiales como en reductos fortificados, presentes particularmente en espacios de la precordillera adyacentes a los torrentes Jorquera, Pulido y Manflas, tributarios del río Copiapó, y en algunos de sus subafuentes. Algunas estructuras habitacionales constan de concavidades centrales con muros ya sea pircados, de barro o de sedimentos y basura, con base de piedra y techumbre de carrizo (Gaete y Cervellino, 2000). Obedeciendo a un criterio económico, los sitios fortificados habrían resguardado la producción agrícola y las aguas, por lo cual su carácter no era defensivo ni militar (Cabello *et al.*, 2010).

Las comunidades Copiapó eran esencialmente agrícolas y ocupaban amplias vegas para desarrollar esta actividad en campos extensos. Implementaron canales de regadío, andenerías y silos, y cultivaron maíz, calabaza, porotos, quinua y posiblemente zapallo, registrándose, además, maní –obtenido por intercambios– en tres sitios del río Jorquera (Cervellino y Gaete, 2000; Gaete y Cervellino, 2000). Asimismo, numerosos huesos de camélidos grafican la importancia que allí tuvieron estos animales, aunque faltan precisiones zooarqueológicas para determinar si corresponden a ejemplares domesticados o silvestres.

También formaban parte de sus quehaceres la caza y la recolección de frutos. Se han registrado restos de textiles que, unidos a las torteras talladas, sustentan la idea de que allí se elaboraban tejidos con fibras de camélidos y de vegetales. Se contabilizan conchas marinas para confeccionar cuentas de collar y recipientes; huesos de pescados y otros desechos, y piedras y manos de moler; trabajo lítico y confección de variados instrumentos, entre ellos, abundantes puntas de proyectil triangulares, pequeñas, con pedúnculo y aletas laterales.

La cestería (acaso presente antes de El Molle) y los artefactos de madera, metal y hueso forman parte del repertorio cultural. Las espátulas de este último

material, dotadas de mangos tallados (Castillo, 1998), resultan significativas, pues presentan similitudes con objetos diaguitas preincaicos (Ampuero, 1989, p. 284), lo que podría expresar vinculaciones. Relevantes son las tabletas de madera para el uso de psicoactivos (Castillo, 1998), que, a diferencia de lo registrado en el área atacameña, se constatan a partir del período Intermedio Tardío y se consideran aquí una expresión cultural circumpuneña de la cultura Copiapó. De las escasas tabletas en el Museo Regional de Atacama, se aprecian motivos afines al término del período Medio y al período Intermedio Tardío atacameño (Llagostera, 2004), denotando probables intercambios (figs. 7 y 8). En cuanto a las piezas metálicas de cobre, se reportan en el río Jorquera placas pequeñas, aros circulares con extremo en espiral, punzones y barras (Gaete y Cervellino, 2000). Asimismo, se registran pinzas depilatorias (Matus, 1921; Segovia, 1959), aunque no hay detalles sobre el proceso minero-metalúrgico ni sobre la lapidaria de esta cultura. Hay aun menos certezas de un arte rupestre Copiapó, que posiblemente se visualiza con mayor acentuación hacia el norte del río, asociado a aguadas, a focos mineros y al oasis de Finca de Chañaral (González *et al.*, 2017).



Figura 7. Tableta de madera para psicoactivos con motivo antropomorfo, Región de Atacama. Museo Regional de Atacama, Colección Arqueológica, n° inv. P43. Fotografía de Carlos González.



Figura 8. Fragmento lateral izquierdo de tableta de madera para psicoactivos con motivo de figura doble antropozoomorfa. Región de Atacama. Museo Regional de Atacama, Colección Arqueológica, n° inv. 01.44. Fotografía de Carlos González.

Poco se puede aducir de las prácticas funerarias Copiapó, respecto a cuya adscripción preincaica existen dudas. En 1974, Niemeyer reconoció en una ribera del río El Potro –en Altos Blancos– una cámara subterránea con palos de ñipa en la entrada. De allí se recuperó un párvulo semiflectado con la mitad de una olla asimétrica, un puco Copiapó Negro sobre Rojo boca abajo sobre una espátula de hueso, un tubo de cañón de pluma de cóndor con una boquilla de madera de algarrobo y un cesto con una calabaza y un pico de cóndor en su interior, además de un jarro asimétrico en los pies (Castillo, 1998, pp. 174-175). Un fechado por TL de una de las vasijas entregó 1350 ± 55 años d. C. (Castillo, 1998, p. 273). De la misma forma, y en coherencia con el hallazgo anterior, en Iglesia Colorada se ubicaron casualmente tres fardos funerarios de párvulos momificados naturalmente (envueltos en textiles y fibras vegetales) y un individuo femenino adulto esqueletizado junto a fragmentos de un puco Copiapó Negro sobre Rojo, un ceramio asimétrico, un cesto circular, un arco en miniatura con cuerda de lana tensada, un huso con tortero tallado y otros, encontrados en una cámara protegida por maderos (Urizar y González, 2016).

Esta cultura se distribuyó entre los ríos Copiapó y Huasco, ocupando espacios costeros puntuales, desplazándose hacia el despoblado de Atacama –acaso en busca de recursos mineros como pigmentos y lapidarios– y siguiendo las actividades mineras Ánimas previas. Además de los sitios Copiapó del valle homónimo (Castillo, 1998; Cervellino y Gaete, 2000; Gaete y Cervellino, 2000), se han localizado sus componentes, por ejemplo, en la quebrada El Algarrobal (Cabello, 2009) al norte de Vallenar, en Inca de Oro, en el oasis de Finca de Chañaral (Cervellino y Sills, 2001; González *et al.*, 2017) y en el valle de Huasco (Castillo 1998; Segovia, 1959). Un fechado por TL de un fragmento cerámico Copiapó del referido oasis arrojó 950 ± 100 años d. C. (González *et al.*, 2017, p. 240). En el valle copiapino las dataciones absolutas son escasas y se concentran alrededor del 1300 d. C. (Troncoso *et al.*, 2016, p. 350).

Por ahora, se desconoce qué clase de organización sociopolítica caracterizó a las poblaciones Copiapó. Resulta inapropiado extrapolar aquí definiciones coloniales como «cacicazgos» o «señoríos» hacia una época preincaica, si bien la etnohistoria alude a gobiernos duales desde Copiapó hasta Aconcagua (Hidalgo, 1989, p. 289). Con respecto a Copiapó se mencionan los «señores» «Aldequín» y «Gualenica» (Vivar, 2001[1558], p. 69), el primero en la mitad del valle hacia el mar –incluyendo Copayapu¹¹– y el segundo de la mitad hacia la cordillera

¹¹ «COPAYAPU, lugar. Voz quechua que significa “abundante en turquesas” y con la cual se designaba primitivamente a las tierras de Copiapó. Según Middendorf, kopa es ‘azul claro’. Yápu, ‘sementera,

(Vivar, 2001[1558], p. 128). Ahora bien, esta organización puede ser preincaica o fruto de una estrategia política de negociaciones entre el Estado inca y determinados líderes locales desde los valles transversales: si dicho Estado era capaz de trasladar grupos humanos completos de un territorio a otro, designar «señores duales» proclives no habría sido un inconveniente. Aunque la duda persiste, la tendencia investigativa apunta hacia la determinación preincaica (Castillo, 1998; Hidalgo, 2004), si bien han surgido opiniones contrarias (Cortés, E., 2016, pp. 27-28), que compartimos. En efecto, planteamos como hipótesis que habrían correspondido a grupos comunitarios vinculados por lazos de parentesco, poseedores de una orgánica político-religiosa sustentada por líderes locales –lo que debe ser testeado arqueológicamente–. No obstante, destacamos ciertas regularidades en la ocupación del espacio y en las actividades colectivas, probablemente con un eje económico agrícola autosuficiente¹² (*sensu* Hidalgo, 1989, p. 291)¹³.

Se suman significativas prácticas rituales con tabletas de madera, espátulas de hueso y otros implementos para el uso de psicoactivos, que hablan a favor de una gravitante religiosidad chamánica. Asimismo, son patentes las recurrencias materiales, fundamentalmente ejemplificadas por la distribución de las cerámicas Negro sobre Rojo –con sus variantes– y Punta Brava. Ello se observa tanto en el valle de Copiapó como en otros sectores de la Región¹⁴, lo que buscaría por un lado afianzar identidades locales y, por otro, subrayar significados socioculturales e ideológicos compartidos dentro de un territorio.

El valle en tiempos del Tawantinsuyu

El cronista español Jerónimo de Vivar precisa:

Corre por este valle [Copiapó] un río pequeño, que basta regar sementeras de los naturales que en él hay, que en esta sazón había mil indios¹⁵ [...]. Dase maíz, e tan grandes

tierra arada³ (Bahamonde)» (Carvajal, 1999, p. 35). Cortés (2012, p. 64), basado en Mamani, plantea que Copa Yapú es 'tierra verde o fértil'.

¹² La presencia de silos y de numerosos contenedores tipo Punta Brava sugiere prácticas de almacenamiento.

¹³ Por los motivos ya explicitados, quedan pendientes los aspectos pecuarios.

¹⁴ La constatación de tipos cerámicos fuera del núcleo ocupacional de una cultura no indica necesariamente la extensión de su territorio, pues estos elementos pueden llegar por intercambios. Sin embargo, en este caso y por ahora, los datos permiten sostener estas apreciaciones.

¹⁵ Hidalgo (1989, p. 290), basado en Vivar y otras fuentes, calcula más de 5000 personas ocupando el valle de Copiapó. Por su parte, Cortés (1998) estima alrededor de 9000 habitantes en la actual región de Atacama en el siglo XVI.

y gruesas las cañas que ninguna provincia de las que yo he visto y andado no he visto darse tan bien como en este valle, porque en otras provincias da cada caña dos o tres mazorcas, y aquí cuatro o cinco. Es muy buen maíz. Danse frísoles e papas e quinoa, que es esta quinoa una hierba como bledos [...]. Cúcen estos granitos los indios e cómenlos. Es buen mantenimiento para ellos. Dase en este valle algodón. Andan los indios bien vestidos del algodón y de lana de ovejas [camélidos] que tienen. Hay minas de plata, cobre y de otros muchos metales. Hay yelso, hay turquesas muy finas. (Vivar, 2001[1558], pp. 76-77)

Queda así plasmada la riqueza agrícola y minera del valle, consolidada desde los desarrollos Molle, Ánimas y Copiapó junto con las interacciones transversales y longitudinales.

Este bullente desarrollo cultural no pasó inadvertido para el Estado inca, cuya vinculación con las poblaciones del valle se habría producido aproximadamente hacia 1400 d. C., dando inicio al período Tardío. En la Región de Atacama, se caracterizó por los procesos sociales que generaron las interrelaciones de los incas con sus aliados diaguitas sureños y con las poblaciones tanto Copiapó como atacameñas. Concluyó dicho período en el otoño de 1536, con la llegada de Diego de Almagro y sus huestes a Copiapó en los albores de la Conquista (Cortés, G., 2010), momento que Cortés (2017, p. 20) llama los «prolegómenos» de la conformación de Chile.

Vivar (2001[1558], p. 74) señala que, al interior del valle de Copiapó, Pedro de Valdivia y sus hombres tomaron «en una noche quince indios, y de ellos se supo cómo estaban aquellos señores indios con toda su gente de guerra en un pucaran o fuerza, donde se defendieron un año y más a su padre Guayna Capa, el príncipe del Perú, otro segundo Alejandro, cuando los vino a conquistar». Se ha sugerido que este pucara podría ser Punta Brava (Castillo, 1998, p. 241), posiblemente reocupado por los incas al igual que Iglesia Colorada (Castillo, 1998, p. 166).

En términos arqueológicos, indicadores incaicos y diaguita-incas demuestran la presencia incaica en el valle de Copiapó y en la región. En este punto, vale precisar que los diaguitas ingresaron a la Región de Atacama con los incas y no previamente, salvo por la ocupación de algunos espacios del valle de Huasco (Sinclair y Cabello, 2005, citado en Cabello *et al.*, 2010), límite de las expresiones Copiapó y diaguita –lo cual no objeta los contactos que pudieron producirse entre ellos con anterioridad a la irrupción inca–. Por otra parte, en el despoblado de Atacama la presencia inca se concentró en el Qhapaq Ñan que llega a Copiapó con sus sitios asociados, representando una

verdadera ruta sagrada de los minerales que tiene un sustrato local (González, 2007, 2017; González y Castells, 2011). La integraron el significativo cerro Indio Muerto de El Salvador (González y Westfall, 2010), con recursos mineros y lapidarios (Mina Las Turquesas) (González *et al.*, 2017); adoratorios como el del volcán Doña Inés y sitios tardíos puneños como Lagunas Bravas, Leoncito y Pastos Largos, entre otros (González y Castells, 2010, 2011); el oasis de Finca de Chañaral (González *et al.*, 2017); y campamentos mineros locales en Inca de Oro, Tres Puntas y las cercanías de Copiapó (Garrido, 2016; González y Castells, 2012). Asimismo, se encontraron evidencias en Caldera, Bahía Salada y otras localidades de la costa (Castillo, 1998).

Testimonios tardíos se reconocen en el curso medio y superior del valle de Copiapó, y en los ríos tributarios Pulido y Jorquera, con sitios concatenados

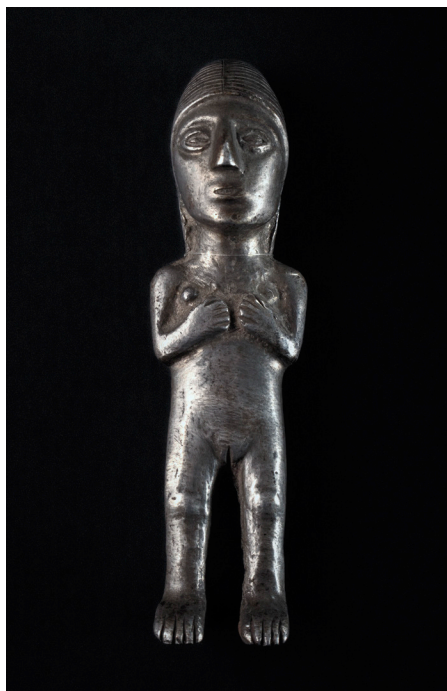


Figura 9. Estatuilla femenina de plata proveniente de adoratorio inca en altura del volcán Copiapó. Museo Regional de Atacama, Colección Arqueológica, n° inv. 01.102. Fotografía de Carlos González.

tanto hacia espacios trasandinos como a los pucaros de Punta Brava y Manflas, y a La Puerta (Uribe y Sánchez, 2016). Sobresalen en este contexto los sitios Iglesia Colorada, con posibles *kallankas* y enterratorios, el centro metalurgista de Viña del Cerro –con un *ushnu* como símbolo de poder del soberano inca– y el llamado «palacete» de La Puerta (Castillo, 1998) con arquitectura ortogonal. Igualmente, los adoratorios del volcán Copiapó (fig. 9), de los cerros Jotabeche (Reinhard, 1991) y de El Potro, además de aquel descubierto en la cumbre del pucará de Manflas (Moyano, 2009), sustentan la idea de la sacralización incaica del espacio, tal como acontece con los hallazgos en lo que fue la isla Guacolda frente a Huasco (Zambra, 1994) –identificados aquí como un nuevo adoratorio inca de la costa¹⁶–. Asimismo, los

¹⁶ Junto con las evidencias del cerro Esmeralda en Iquique (Méndez-Quiros, 2012), son por ahora los únicos adoratorios incaicos costeros de Chile.

sitios habitacionales y funerarios de este período evidencian en el valle de Copiapó cerámica inca y diaguita inca, con platos de paredes acampanadas, escudillas bajas ornitomorfas, aríbalos (fig. 10), ollas de pedestal y otras formas; cerámica inca Copiapó, Copiapó Negro sobre Rojo y Punta Brava que se proyectan en el tardío (Castillo 1998; Gaete 1999); y piezas con influencias nortinas y trasandinas (Uribe y Sánchez, 2016), además de urnas, jarros zapatos y ollas. También se encuentran objetos de metal, preferentemente de cobre, como *tumis*, *tupus*, hachas, mazas, aros, manoplas y pinzas, entre otros.

Entre los procesos productivos que ampliaron los incas se incluyó el minero-metalúrgico, para lo cual se recurrió al conocimiento minero de las comunidades del valle y de la región. Conjuntamente aparecieron los depósitos donde se almacenaba la producción excedentaria o *qollqas*, que, agrupadas y alineadas, constituyen un rasgo administrativo inca (Raffino, 1990, p. 221). Por último, en el centro de la ciudad de Copiapó se hallaron abundantes contextos funerarios tardíos (Castillo, 1998) que, unidos a los datos de los Tambillos del Inca y al barrio La Chimba (Sayago, 2006[1874], pp. 8-9), sugieren la instalación de dicha urbe sobre un asentamiento incaico de relevancia. Por consiguiente, el período Tardío no se presenta como un panorama homogéneo de conquista y ocupación inca, sino como un proceso heterogéneo. Esto obedece a que, ante una expansión cusqueña aparentemente compleja en Copiapó, las interrelaciones culturales entre el Estado inca y las poblaciones locales provocaron respuestas disímiles, con flujos de conquista distintos y complementarios, matices locales y contradicciones sociales, económicas y culturales, en el marco de una ideología del poder significada con los principios andinos de reciprocidad y redistribución (Uribe y Sánchez, 2016).



Figura 10. Aríbalo diaguita inca. Recuperado en el centro de la ciudad de Copiapó. Museo Regional de Atacama, Colección Arqueológica, n° inv. 01.76. Fotografía de Darío Tapia.

Conclusiones y comentarios finales

Centrada en tiempos tardíos, la presente revisión sumaria del desarrollo prehispánico alfarero del valle de Copiapó –que abarca también antecedentes de la Región de Atacama– ha permitido evidenciar un desarrollo cultural local en Copiapó desde una dimensión geohistórica (Braudel, 2002). Este proceso también se enriqueció a partir de las interacciones con distintas sociedades adyacentes. De igual modo, el trabajo ha procurado enunciar procesos particulares que se habrían producido en las etapas de cambio cultural. De esta forma, se ha observado aquí que la conjunción entre factores internos y externos generó espacialidades identitarias a lo largo del tiempo, incluso con numerosos usos recurrentes del espacio en el mencionado valle (p. e., Niemeyer *et al.*, 1991, 7; Castillo, 1998).

Efectivamente, en la dinámica de cambio desde fines del período Medio hacia el comienzo del período Intermedio Tardío, las continuidades históricas y culturales fueron patentes y –no exentas de complejidades– condujeron a la consolidación de la cultura Copiapó en el valle epónimo. Con un amplio manejo territorial que incluía la costa, las comunidades Ánimas del período Medio afianzaron las interrelaciones culturales en distintas direcciones, consolidaron las labores agrícolas y dieron un mayor impulso a distintas expresiones, en especial a la minería lapidaria, a las actividades minero-metalúrgicas y, probablemente, a las prácticas en torno al uso de psicoactivos, propiciando una base sociocultural para las poblaciones Copiapó (Castillo, 1998).

Como se revisa en este trabajo, más allá de las distinciones y distribución del tipo Copiapó Negro sobre Rojo, la ocupación de un determinado territorio, la organización del espacio, las actividades económicas –en especial, un gran desarrollo agrícola–, las prácticas rituales, la variedad de sitios de distintas funcionalidades y los artefactos distintivos, entre otros, son los componentes culturales que permiten individualizar esta cultura arqueológica no necesariamente equivalente a un grupo étnico (Cortés, E., 2016). Desde allí se configuran sus particulares paisajes culturales, dentro de una espacialidad enmarcada cronológicamente (período Intermedio Tardío) que es propia de las poblaciones Copiapó del valle homónimo y de gran parte de la Región de Atacama. No obstante, se reconoce aquí que aún faltan antecedentes para su caracterización arqueológica, y que es necesario estudiar con mayor detalle las vinculaciones de dicha cultura con los incas y sus aliados diaguitas en el período Tardío.

Finalmente, el hecho de que la cultura Copiapó (1000-1400 d. C.) del valle en cuestión se distinga dentro de la Región de Atacama no implica un

reconocimiento mecánico de esta en la totalidad del territorio regional, ya que debe definirse antes su efectiva presencia y/o la constatación de otras peculiaridades locales de distintos espacios. Fuera del valle de Copiapó, el panorama cultural pareciera haber sido diverso, como lo ejemplifican el accionar de comunidades atacameñas al norte de la Región y las probables contemporaneidades preincaicas entre copiapoes y diaguitas en el valle de Huasco, manifestándose también posibles dinámicas específicas en la franja costera. En consecuencia, estas expresiones culturales de tiempos tardíos singularizan el valle de Copiapó y la Región de Atacama dentro del desarrollo prehispánico alfarero de Chile.

Agradecimientos

Al Dr. Guillermo Cortés y Mg. Rodrigo Zalaquett por la confianza, la ayuda y los comentarios. A Daniela Mahana y Carolina Roa por el permanente apoyo.

Referencias

- Ampuero, G. (1972-1973). Nuevos resultados de la arqueología del Norte Chico. *Boletín de Prehistoria*, [número especial], 311-337.
- Ampuero, G. (1989). La cultura diaguita chilena (1200 a 1 470 d.C.). En J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (eds.), *Culturas de Chile. Prehistoria* (pp. 277-287). Santiago: Ed. Andrés Bello.
- Ampuero, G. (2016). *Prehistoria de la Región de Coquimbo*. La Serena: Editorial ULS.
- Braudel, F. (2002). *Las ambiciones de la historia*. Barcelona: Crítica.
- Cabello, G. (2009 Ms). *Informe específico de arqueología. Anexo 7. DIA Proyecto Extracción de Áridos Quebrada El Algarrobal para el Mejoramiento Ruta 5 Norte Tramo Vallenar - Copiapó* https://www.e-seia.cl/elementosFisicos/enviados.php?id_documento=3937249 (15 de agosto de 2018).
- Cabello, G., González, C. y Garrido, F. (2010). Revisitando la secuencia cronológica cultural de la Región de Atacama. En M. Lorca (ed.), *Identidades en diálogo: Articulando actores y construyendo realidades. EFIA* (pp. 31-49). Copiapó: GORE Atacama.
- Callegari, A. (1997). Interacción entre el valle de Copiapó y en Centro-Norte del valle de Vinchina (La Rioja). *Estudios Atacameños*, (14), 131-140.
- Carvajal, H. (1999). Algunos topónimos indígenas de la zona de Copiapó. *RO*, (8), 31-38.

- Castillo, G. (1986). Sociedades agropecuarias tempranas y control de recursos en el ambiente semiárido de Chile, *Chungará*, (16-17), 173-180.
- Castillo, G., Biskupovic, M. y Cobo, G. (1985). Un cementerio costero del Complejo Cultural Las Ánimas. En *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología* (pp. 194-239).
- Castillo, G. (1989). Agricultores y pescadores del Norte Chico: El complejo Las Ánimas (800-1200 d.C.). En J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (eds.), *Culturas de Chile. Prehistoria* (pp. 265-276). Santiago: Ed. Andrés Bello.
- Castillo, G. (1994). Evidencias sobre el uso de narcóticos en el norte semiárido chileno: catastro regional. *Boletín del Museo Regional de Atacama*, (4), 105-160.
- Castillo, G. (1998). Los períodos Intermedio Tardío y Tardío: desde la cultura Copiapó al dominio inca. En H. Niemeyer y M. Cervellino (eds.), *Culturas prehistóricas de Copiapó* (pp. 163-282). Copiapó: MRA.
- Castillo, G., Niemeyer, H. y Cervellino, M. (1996-1997). Indicadores, alcances y perspectivas de influencias Aguada en el valle de Copiapó - Chile. *Shincal*, (6), 193-212.
- Cervellino, M. (1994). Dos ceramios de la cultura Ciénaga hallados en Finca de Chañaral – Copiapó. *Boletín del Museo Regional de Atacama*, (4), 175-179.
- Cervellino, M. y Gaete, N. (2000). Asentamientos del período Intermedio Tardío y Tardío en el sitio «El Castaño», Río Jorquera, valle de Copiapó-Chile. *Contribución Arqueológica*, (5), 641-653.
- Cervellino, M. y Sills, N. (2001). El arte rupestre de los sitios Finca de Chañaral y Quebrada de Las Pinturas, Región de Atacama. En J. Berenguer, L. Cornejo, F. Gallardo y C. Sinclair (eds.), *Segundas Jornadas de Arte y Arqueología* (pp. 134-151). Santiago: MCHAP.
- Cornely, F. (1956). *Cultura diaguita chilena y cultura de El Molle*. Santiago: Ed. del Pacífico.
- Cortés, E. (2016). ¿Existió un grupo llamado *Copiapó* en el valle homónimo? Reflexiones a partir de los testimonios coloniales. *Revista Tiempo Histórico*, (12), 17-32.
- Cortés, G. (1998 Ms.). *Los diaguitas. Historia del pueblo de los valles transversales*. (Tesis para optar al grado de doctor en Historia, mención en Teoría y Metodología de la Historia, Universidad de Salamanca).
- Cortés, G. (2010). El primer contacto indígena-español. Siglo XVI en Atacama. *Boletín del Museo Regional de Atacama*, (1), 7-15.

- Cortés, G. (2012). Copiapó, en el periférico y colonial Reyno de Chile, su fundación en el siglo XVIII. *Boletín del Museo Regional de Atacama*, (3), 57-72.
- Cortés, G. (2017). Atacama Siglo XVI. *Cuadernos de Historia Museo Regional de Atacama I*.
- Chong, G. (2012). Historias del paisaje. En C. Aldunate (ed.), *Atacama* (pp. 24-53). Santiago: MCHAP.
- Criado, F. (1999). *Del terreno al espacio: Planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje*. CAPA 6, Universidad de Santiago de Compostela.
- Di Méo, G. (1998). *Geographie sociale et territoire*. París: Editions Nathan.
- Gaete, N. (1999). Evidencias de domino incaico en la Región de Atacama: hacia una sistematización de la ocupación de la cuenca del río Jorquera. *Estudios Atacameños*, (18), 223-236.
- Gaete, N. y Cervellino, M. (2000). Asentamientos habitacionales de la cultura Copiapó en el río Jorquera, Formativo del río Copiapó, Región de Atacama, Chile. *Contribución Arqueológica*, (5), 607-629.
- Giménez, G. y Héau Lambert, C. (2007). El desierto como territorio, paisaje y referente de identidad. *Culturales*, 5(3), 7-42.
- Garrido, F. (2007 Ms.). *El camélido sagrado y el hombre de los valles, una aproximación a la cultura Copiapó a partir de la alfarería*. (Memoria para optar al título de Arqueólogo, Universidad de Chile, Santiago, Chile).
- Garrido, F. (2014). Hacia una definición tipológica de la cerámica Punta Brava de la cultura Copiapó. *Boletín del Museo Regional de Atacama*, (5), 19-35.
- Garrido, F. (2016). Rethinking imperial infrastructure: A bottom-up perspective on the Inca Road. *Journal of Anthropological Archaeology*, (43), 94-109.
- González, C. (2007). *Qhapaq Ñan* en el extremo meridional del despoblado de Atacama, Chile. En *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (pp. 511-518).
- González, C. (2017). Arqueología vial del Qhapaq Ñan en Sudamérica: análisis teórico, conceptos y definiciones. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 22(1), 15-34.
- González, C. y Castells, C. (2010). *Qhapaq Ñan* y la ocupación incaica de la Puna Atacameña (III Región, Chile). Nuevos registros y perspectivas. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (pp. 1315-1320).
- González, C. y Castells, C. (2011 Ms.). *El sitio incaico de Lagunas Bravas, Diego de Almagro*.

- González, C. y Castells, C. (2012 Ms.). *Campamentos mineros prehispánicos en Inca de Oro y Tres Puntas, comuna de Diego de Almagro*.
- González, C. y Castells, C. (2018). Nota de arte rupestre: las pinturas de la Quebrada del Daín, comuna de Diego de Almagro, Región de Atacama. *Boletín del Museo Regional de Atacama*, (7). En prensa.
- González, C. y Westfall, C. (2005). Consideraciones sobre la prehistoria de Atacama: El Salvador y sus aportes locales e interregionales. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, (38), 53-70.
- González, C. y Westfall, C. (2010). Qhapaq Ñan, arquitectura vernácula y del Inka en El Salvador, Región de Atacama. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (pp. 887-897).
- González, C., Jeria, Y. y Castells, C. (2014). Reflexiones sobre el patrimonio arqueológico colla de la Región de Atacama, Chile. *Boletín del Museo Regional de Atacama*, (5), 37-54.
- González, C., Westfall, C. y Castells, C. (2010). Investigación, conservación y puesta en valor del patrimonio arqueológico asociado al proyecto minero Damiana, El Salvador, Región de Atacama. *Boletín Museo Regional de Atacama*, (1), 63-87.
- González, C., Westfall, C. y Castells, C. (2017). Mina Las Turquesas: lapidaria, secuencia alfarera prehispánica e interrelaciones culturales en un espacio internodal del desierto de Atacama, Chile. *Estudios Atacameños*, (56), 225-251.
- González, P. (2017). Sitio El Olivar: su importancia para la reconstrucción de la prehistoria de las comunidades agroalfareras del norte semiárido chileno. <http://www.museoarqueologicolaserena.cl/sitio/Contenido/Objeto-de-Coleccion-Digital/83572>
- Guajardo, A. (2008 Ms.). *Tipología cerámica del Período Medio del Norte Semiárido (Complejo Cultural Las Ánimas)*. (Informe de práctica profesional, Departamento de Antropología, Universidad de Chile).
- Hidalgo, J. (1989). Diaguitas chilenos protohistóricos. En J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (eds.), *Culturas de Chile. Prehistoria* (pp. 289-293). Santiago: Ed. Andrés Bello.
- Hidalgo, J. (2004). *Historia andina en Chile*. Santiago: Ed. Universitaria.
- Hirsch, E. (1995). Introduction. Landscape: Between place and space. En *The Anthropology of Landscape* (pp. 1-30). Oxford: Clarendon Press.
- Iribarren, J. (1955-56). Arqueología en el valle del Huasco, provincia de Atacama. *Revista Universitaria*, XL-XLI(20), 183-212.
- Iribarren, J. (1958). Arqueología en el valle de Copiapó. *Revista Universitaria*, XLIII(22), 167-195.

- Iribarren, J. (1969). Culturas trasandinas en dos yacimientos del valle de Copiapó. En *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología* (pp. 135-152).
- Iribarren, J. y Bergholz, H. (1972-1973). El camino del Inca en un sector del Norte Chico. *Boletín de Prehistoria*, [número especial], 229-266.
- Iribarren, J. (1976). Arte rupestre en la Quebrada Las Pinturas (III Región). *Anales de la Universidad del Norte*, (10), 115-126.
- Kuzmanic, I. (1988). Un cementerio del período medio en Chancoquín Chico, provincia del Huasco, III región de Chile. *Boletín Ocasional Museo Regional de Antofagasta*, (1).
- Lumbreras, L. (1981). *Arqueología de la América Andina*. Lima: Ed. Milla Batres.
- Llagostera, A. (2004). *Los antiguos habitantes del salar de Atacama*. Santiago: Pehuén.
- Llanos-Hernández, L. (2010). El concepto del territorio y la investigación en las Ciencias Sociales. *Agricultura, sociedad y desarrollo*, 7(3), 207-220.
- Mattozzi, I. (2014). Historia y epistemología de las ciencias. ¿Quién le tiene miedo a la geohistoria? *Enseñanza de la Ciencias Sociales*, (13), 85-105.
- Matus, L. (1921). Exploración antropológica al valle del río Copiapó. *Revista Chilena de Historia Natural*, (25), 582-586.
- Méndez-Quiros, P. (2012). *Qhapaq Hucha Cerro Esmeralda*. Iquique: MRI.
- Montané, J. (1969). En torno a la cronología del Norte Chico. En *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología* (pp. 167-183).
- Moyano, R. (2009). El adoratorio del cerro El Potro: Arqueología de alta montaña en la cordillera de Copiapó, norte de Chile. *Estudios Atacameños*, (38), 39-54.
- Nielsen, A., (2008). Una arqueología de los «espacios vacíos» de los Andes circumpuneños. *Novedades en Antropología*, (59), 3-6.
- Niemeyer, H. (1955). Investigación arqueológica en el valle del Huasco. *Notas del Museo*,(4).
- Niemeyer, H. (1982). Cultura El Molle de río Huasco. Revisión y síntesis. En *Actas del VIII Congreso de Arqueología Chilena* (pp. 295-315).
- Niemeyer, H. (1998a). La cuenca del río Copiapó. En H. Niemeyer y M. Cervellino (eds.), *Culturas prehistóricas de Copiapó* (pp. 27-37). Copiapó: MRA.
- Niemeyer, H. (1998b). El Período Temprano del Horizonte Agroalfarero en Copiapó. En H. Niemeyer y M. Cervellino (eds.), *Culturas prehistóricas de Copiapó* (pp. 61-114). Copiapó: MRA.
- Niemeyer, H. (1998c). El Período Medio. Complejo Las Ánimas. En H.

- Niemeyer y M. Cervellino (eds.), *Culturas prehistóricas de Copiapó* (pp. 115-162). Copiapó: MRA.
- Niemeyer, H. y Ballereau, D. (1998). Los petroglifos del cerro La Silla, Región de Coquimbo. *Chungará*, 28(1-2), 277-317.
- Niemeyer, H., M. Cervellino, M., y Castillo, G. (1991). Los períodos Temprano y Medio en la cuenca del río Pulido, Provincia de Copiapó, III Región de Atacama. En *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo III (pp. 1-30).
- Raffino, R. (1990). *Poblaciones indígenas en Argentina*. Buenos Aires: TEA.
- Reinhard, J. (1991). Investigación arqueológica de las plataformas ceremoniales en los volcanes Copiapó y Jotabeche (Región de Atacama). *Contribución Arqueológica*, (3), 22-56.
- Sayago, C. M. (2006[1874]). *Historia de Copiapó*. Copiapó: Norte Grande Ediciones.
- Segovia, M. (1959). Cementerio indígena en el puerto de Huasco. *Publicaciones del Museo y de la Sociedad Arqueológica de La Serena*, Boletín, (10), 45-74, 53-54.
- Troncoso, A. (2012). Arte rupestre y camélidos en el norte semiárido de Chile: una discusión desde del valle de Choapa. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 17(1), 75-93.
- Troncoso, A. y Pavlovic, D. (2013). Historia, saberes y prácticas: un ensayo sobre el desarrollo de las comunidades alfareras del norte semiárido chileno. *Revista Chilena de Antropología*, 27(1), 101-140.
- Troncoso, A., Cantarutti, G. y González, P. (2016). Desarrollo histórico y variabilidad espacial de las comunidades alfareras del norte semiárido (ca. 300 años a. C. a 1450 d. C.). En F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo (eds.), *Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los incas* (pp. 319-364). Santiago: Ed. Universitaria y SCHA.
- Uribe, M. y Sánchez, R. (2016). Los incas en Chile. Aportes de la arqueología chilena a la historia del *Tawantinsuyo* (ca. 1400 a 1536 años d. C.). En F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo (eds.), *Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los incas* (pp. 529-572). Santiago: Ed. Universitaria y SCHA.
- Urizar, M. y González, C. (2016 Ms.). *Alcances bioantropológicos y arqueológicos sobre hallazgo funerario fortuito de la cultura Copiapó en Iglesia Colorada, comuna de Tierra Amarilla, Región de Atacama*.
- Velásquez, H. (2004 Ms.). *Análisis zooarqueológico Mina Las Turquesas*.

Vivar, J. de (2001[1558]). *Crónica de los Reinos de Chile*. Dastin: Madrid.
Zambra, J. (1994). Hallazgo en Isla Guacolda. Tesoro arqueológico perdido para la cultura. *Boletín del Museo del Huasco*, (17), 4-5.